

~~~~~

### CAPITULO XIII.

—

#### *De las Tragedias de Shakespeare \**

Los Ingleses miran á Shakespeare con un entusiasmo mas profundo que el que ningun pueblo manifestó nunca á un escritor. Las naciones libres tienen un espíritu de pro-

\* No he citado las obras inglesas que tratan de la literatura inglesa y particularmente la Retórica del doctor Blair, porque el fin é ideas de estos escritores no tienen relacion ninguna con el plan general que yo me habia propuesto en esta obra, ni con la independencia de que queria usar en mis juicios sobre los escritores extranjeros. Blair daba lecciones á sus escolares sobre el arte de la elocuencia, é indicaba cuantos ejemplos antiguos y modernos podian apoyar sus preceptos. Su libro es uno de los mejores que la Inglaterra posee; pero se compuso para los jóvenes, y no

piedad para todas las especies de gloria que las ilustran; y este afecto debe infundir una admiracion que destierra todo género de critica.

Hay en Shakespeare perfecciones del primer orden, y de todos los países como de todos los tiempos, defectos que son propios de su siglo, y rarezas en tanto grado populares entre los Ingleses, que ellas gozan todavía de la mayor aceptacion en su teatro. Quiero examinar estas perfecciones y extravagancias en su relacion con el espíritu

debía encerrar mas que ideas análogas á este designio. Por otra parte el doctor Blair no hubiera podido juzgar en Inglaterra á Shakespeare con la imparcialidad de un extranjero; no le hubiera sido posible comparar la chanza inglesa con la francesa, sus estudios no le conducian á esta especie de observaciones; hubiera podido todavía ménos, por motivos de decoro relativos á su estado, hablar de las novelas con elogio, y de los filósofos ingleses con independencia. No habia pues nada en su libro por mas excelente que él sea, que yo pudiera citar en el mio.

nacional de la Inglaterra y la indole de la literatura del Norte.

Shakespeare no imitó á los antiguos; ni se alimentó, al modo de Racine, con las tragedias griegas. Compuso una pieza sobre un asunto griego *Troilo y Cresida*, en que no están observadas las costumbres de Homero. Es mucho mas admirable en sus tragedias sobre asuntos romanos. Pero la historia, pero las *Vidas de Plutarco*, que Shakespeare parece haber leído con el mayor cuidado, no son un estudio meramente literario; puede observarse en ellas el hombre casi como vivo. Cuando únicamente nos penetramos de los modelos del arte dramático en la antigüedad; cuando imitamos la imitación, tenemos ménos originalidad; no tenemos aquel ingenio que pinta al natural, aquel ingenio inmediato, si puedo expresarme así, que caracteriza particularmente á Shakespeare. Desde los Griegos hasta él, vemos derivarse todas la literaturas unas de otras, partiendo de una misma fuente. Shakespeare da principio á una nueva litera-

tura; lleva él sin duda impreso el sello del espíritu y visos generales de las poesias del Norte; pero dió á la literatura de los Ingleses su impulso y comunicó á su arte dramático su genio.

Una nacion hecha libre, cuyas pasiones se agitaron fuertemente con los horrores de las guerras civiles, es mas capaz de la conmocion excitada por Shakespeare, que de la causada por Racine. La desgracia, cuando ella carga por mucho tiempo sobre los pueblos, les imprime un carácter que la prosperidad misma que se sigue no puede borrar. Shakespeare, igualado á veces despues por algunos autores ingleses y alemanes, es el primer escritor que pintó el dolor moral en el supremo grado; el amargo dolor de que da el idea, podria pasar casi por una invencion, si no reconociéramos allí la naturaleza.

Los antiguos creian en el fatalismo que hiere como el rayo, y destruye como él. Los modernos, y Shakespeare con especialidad, hallan mas profundas fuentes de conocio-

nes en la necesidad filosófica. ¡Ella se compone del recuerdo de tantas desdichas irreparables; de tantos esfuerzos inútiles, de tantas esperanzas frustradas! Los antiguos habitaban en un mundo muy nuevo, poseían todavía poquísimas historias estaban muy ansiosos de lo venidero, para que la desgracia que ellos pintaban fuera nunca tan dolorosa como en las piezas inglesas.

El terror de la muerte, afecto á cuyas resultas los antiguos, por religion y estoicismo, diéron rara vez progreso, se representó bajo todos los aspectos por Shakespeare. Da él á conocer aquella formidable impresion, aquel helado temblor que experimenta el hombre, cuando, lleno de vida, llega á saber que va á perecer. En las tragedias de Shakespeare, la niñez y vejez, el crimen y la virtud, reciben la muerte, y espresan todos los impulsos naturales á esta situacion. ¡Qué enternecimiento no experimentamos cuando oimos las quejas de Arthur, tierna criatura condenada á la muerte por orden del rey Juan, ó cuando el asesino Tirrel va á referir

á Ricardo III el pacífico sueño de los hijos de Eduardo! Cuando se pinta un héroe pronto á perder la existencia, la memoria de cuanto él hizo, la magestad genial suya, cautivan todo el interes. Pero cuando se representan hombres de un alma débil y de una suerte sin gloria, tales como Enrique IV, Ricardo II, el rey Lear, condenados á perecer, el gran debate de la naturaleza entre la existencia y la nada tiene embebida por sí solo la atencion de los espectadores. Shakespeare supo pintar con ingenio aquella mezcla de impulsos físicos y reflexiones morales que la cercanía de la muerte inspira, cuando enagenadas pasiones no roban al hombre á sí mismo.

Un afecto que únicamente Shakespeare supo hacer teatral, es la piedad, sin mezcla ninguna de admiracion para con el que sufre\*, la piedad, para con un ser insignificativo\*\* y aun á veces despreciable\*\*\*. Es neces-

\* La muerte de Catalina de Aragon, en Enrique VIII.

\*\* El duque de Clarence, en Ricardo III.

\*\*\* El cardinal Wolsey, en Enrique VIII.

rio un infinito talento para trasladar este afecto, de la vida al teatro, conservándole toda su fuerza; pero cuando se ha tenido acierto en ello, el efecto que él produce es de una mayor propiedad que cualquiera otro; nos interesamos no por el varon insigne, sino por el hombre; en cuyo caso no somos conmovidos por afectos que á veces son de convencion trágica, sino por una impresion tan parecida á las de la vida, que su ilusion es mayor.

Aun cuando Shakespeare representa á varios personajes cuya suerte fué ilustre, hace interesarse por ellos á sus espectadores con afectos meramente naturales. Las circunstancias son grandes; pero el hombre se diferencia ménos de los demas hombres que en nuestras tragedias. Shakespeare nos hace penetrar íntimamente en la gloria que él nos pinta; pasamos oyéndole, por cuantas diferencias, por cuantas graduaciones conducen al heroismo; y nuestra alma llega á aquella altura sin haber salido de sí misma.

La arrogancia nacional de los Ingleses,

aquel afecto engendrado por un amor celoso de la libertad, se presta ménos que el espíritu caballeresco de la monarquía francesa al fanatismo para con algunos gefes. Se ven recompensados, en Inglaterra, los servicios de un buen ciudadano, pero no se tiene allí propension á aquel desmesurado entusiasmo, que estaba anejo á las instituciones, hábitos y genio de los Franceses. Aquella orgullosa repugnancia al entusiasmo de la obediencia, que fué genial en todos tiempos á los Ingleses, debió inspirar á su poeta nacional la idea de obtener el enternecimiento mas bien con la piedad que con la admiracion. Las lágrimas que acordamos á los sublimes genios de nuestras tragedias, se arrancaron por el autor ingles en favor del dolor obscuro, abandonado, en favor de aquella serie de desdichas que no podemos conocer en Shakespeare sin adquirir algo de la esperiencia misma de la vida.

Si él sobresale en pintar la piedad, ¡qué energía en el terror! Hace salir del crimen el espanto. Podríamos decir del crimen pin-

tado por Shakespeare, como la Biblia de la muerte, que él es *el rey de los espantos*. ¡Cuan hábilmente combinados están, en Macbeth, los remordimientos y la supersticion en aumento siempre con ellos!

La hechiceria es mucho mas espantosa en sí misma que los dogmas religiosos mas absurdos. Lo que es desconocido, lo que no es guiado por ninguna voluntad inteligenté, lleva el miedo hasta el último grado. En un sistema de religion de cualquiera especie, el terror sabe siempre en que punto debe pararse; se apoya siempre á lo ménos sobre algunos motivos fundados; pero el caos de la magia introduce el mas completo desórden en la cabeza.

Shakespeare, en Macbeth, toma del fatalismo lo que es necesario para perdonar al delincuente; pero no se exime, por este fatalismo, de la graduacion filosófica de los afectos del alma. Esta pieza seria mas admirable todavia, si sus grandes efectos se produjeran sin el auxilio de la fábula; pero esta fábula no es, por decirlo así, mas que las

fantasmas de la imaginacion, que se hacen aparecer á la vista del espectador. No son personajes mitológicos, que comunican sus supuestas voluntades ó fria naturaleza en medio de los hombres; sino que es la ficcion de los sueños, cuando se hallan vivamente agitadas las pasiones. Hay siempre algo de filosófico en lo sobrenatural empleado por Shakespeare. Cuando las hechiceras anuncian á Macbeth que él será rey, cuando vuelven á repetirle esta prediccion al tiempo que él vacila en seguir los atroces consejos de su muger, ¿quien no ve que el autor quiso representar bajo estas horrendas formas la lucha interior de la ambicion y virtud?

No recurre á este medio en Ricardo III. Nos le pintó sin embargo mas delincuente todavia que á Macbeth; pero queria mostrar este genio sin remordimientos, combates ni impulsos involuntarios, cruel como una fiera, no como un hombre culpable, cuyas primeras ideas habian sido virtuosas. Se abren á la vista de Shakespeare las profun-

didades del crimen; y sabe bajar á este Tenaro para observar sus tormentos.

En las monarquías absolutas, no pueden cometerse los grandes crímenes políticos mas que con la voluntad de los reyes; y no es permitido representar semejantes crímenes reinando sus sucesores \*. En Inglaterra, los disturbios civiles que precedieron á la libertad, y que debian su origen siempre al espíritu de independencia, diéron motivo con mas frecuencia que en Francia á grandes delitos y virtudes. Los Ingleses tienen, en su historia, muchas mas situaciones trágicas que los Franceses; y nada se opone á que ellos ejerciten su talento en estos asuntos, cuyo interes es nacional.

Casi todas las literaturas de Europa comenzáron por la afectacion. Habiéndose restaurado las letras en Italia, los países á que

\* Carlos IX es la primera tragedia en que se haya representado en el teatro un rey de Francia culpable, existiendo todavía la monarquía.

llegaban ellas despues, imitáron en los principios el género italiano. El Norte se libró mas pronto que la Francia de esta afectacion, de que se descubren algunos vestigios en los antiguos poetas ingleses, Waller, Cowley, etc. Las guerras civiles y el espíritu filosófico corrigiéron de este gusto falso; porque la desgracia, cuyas impresiones no son mas que muy reales, escluyó las ideas afectadas, y la razon hace desaparecer las expresiones que carecen de rectitud. Se hallan sin embargo todavía en Shakespeare algunos aires afectados, al lado de la mas enérgica pintura de las pasiones. Hay algunas imitaciones de los defectos de la literatura italiana en el asunto italiano de Romeo y Julieta; pero ¡como se repara de este miserable género el poeta ingles! como sabe grabar su alma del Norte en la pintura del amor!

En Othelo, se caracteriza el amor con rasgos bien diferentes que en Romeo y Julieta. Pero, cuan grande es allí! cuan enérgico! cuan bien cogió Shakespeare lo que forma el vínculo de ámbos sexos, el valor y la de-

bilidad! Cuando Othelo protesta, ante el senado de Venecia, que el único arte de que se ha valido para seducir á Desdemona, es la relacion de los peligros á que habia estado espuesto \*; cuanta verdad hallan todas las mugeres en lo que él dice! cuanto saben que no consiste en la lisonja el arte eficazísimo de los hombres para hacerse amar de ellas! La proteccion tutelar que los hombres pueden acordar al tímido objeto de su eleccion, la gloria que pueden hacer resaltar sobre una débil vida es el mas irresistible embeleso de ellos.

Las costumbres de Inglaterra, con respecto á la existencia de las mugeres, no estaban formadas todavia en tiempo de Shakespeare; y las guerras intestinas habian servido de estorbo á todos los hábitos sociales. El puesto

\* ¡ Qué peregrinos versos los que terminan la justificacion de Othelo!

*She loved me for the dangers I had past  
And I loved her that she did pity them.*

Ella amó mis desgracias, y amé su piedad.

de las mugeres, en las tragedias, estaba entregado pues absolutamente á la voluntad del autor: por lo mismo hablando de ellas Shakespeare, hace uso, unas veces de la mas noble lengua que el amor pueda inspirar, y otras del mal gusto mas popular. Este ingenio al que la pasion habia dotado, era inspirado por ella, como los sacerdotes por sus dios; hacia oráculos cuando estaba agitado; y no era ya mas que un hombre cuando la paz volvía á su alma.

Sus piezas sacadas de la historia inglesa, tales como las dos sobre Enrique IV, la otra sobre Enrique V, y las tres sobre Enrique VI, tienen suma aceptacion en Inglaterra; pero las tengo sin embargo por muy inferiores, en general, á sus tragedias de invencion, el rey Lear, Macbeth, Romeo y Julieta. Las irregularidades de tiempos y lugares son mas notables en ellas. Shakespeare finalmente oede allí mas que en todas las demas á la popularidad. La invencion de la imprenta disminuyó necesariamente la condescendencia de los autores con el gusto nacional; piensan ellos mas

en la opinion de la Europa; y aunque importa que las piezas que deben representarse, triunfen ante todas cosas en la representacion, desde que su gloria puede estenderse á las demas naciones, los escritores evitan mas las alusiones, burlas, y personages que no pueden agradar mas que al pueblo de su pais. Los Ingleses sin embargo se sujetarán lo mas tarde posible al buen gusto general; y hallándose fundada su libertad todavia mas sobre el orgullo nacional que sobre las ideas filosoficas, desechan quanto les llega de pais extranjero no ménos en literatura que en política.

Para juzgar cuales son los efectos de la tragedia inglesa que nos convendria acomodar á nuestro teatro, quedaria por hacer un examen: el de distinguir bien, en las piezas de Shakespeare, lo que él acordó al deseo de agradar al pueblo, las faltas reales que cometió, y las atrevidas perfecciones á que las severas reglas de la tragedia francesa no dan entrada.

La turba de los espectadores, en Ingla-

terra, exige, que se hagan suceder las escenas cómicas á los efectos trágicos. El contraste de lo que es noble con lo que no lo es, produce sin embargo siempre, como lo he dicho ya, una desagradable impresion en los hombres de buen gusto. El género noble quiere algunas diferencias; pero unas oposiciones muy fuertes no son mas que estravagancia. Los juegos de voces, los equívocos licenciosos, los cuentos vulgares, los adagios que se amontonan sucesivamente en las naciones viejas, y son, como si dijéramos, las ideas patrimoniales de los hombres del pueblo; todos estos medios á que da el vulgo aplausos, se critican por la razon. No tienen ninguna relacion con los sublimes efectos que Shakespeare sabe sacar de las palabras simples, de las circunstancias vulgares colocadas con arte, y que sin razon no nos atreveríamos á admitir en nuestro teatro.

Shakespeare, en sus tragedias, fué á la parte con los espíritus groseros. Se puso á cubierto contra el juicio del buen gusto, haciéndose el objeto del fanatismo popular;

en lo cual se condujo como un hábil gefe de partido, pero no como un buen escritor.

Los pueblos del Norte existieron, por espacio de muchos siglos, en un estado social y bárbaro juntamente, que debió dejar entre los hombres por dilatado tiempo muchos recuerdos groseros y feroces. Shakespeare conserva tambien algunos vestigios de estos recuerdos. Muchos de sus caracteres se pintan con los únicos rasgos admirados en aquellos siglos, en que no se vivia mas que para los combates, la fuerza corporal y el valor militar.

Shakespeare se resiente tambien de la ignorancia que reinaba en su tiempo sobre los principios de la literatura. Sus piezas son superiores á las tragedias griegas, en cuanto á la filosofía de las pasiones y conocimiento de los hombres \*; pero están mu-

\* Entre la infinidad de rasgos filosóficos que se notan en las piezas de Shakespeare, aun las ménos célebres, hay uno que me ha hecho una singular impresion. Cuando en la pieza intitulada

cho mas atrasadas bajo el aspecto de la perfeccion del arte. Podemos reconvenir con frecuencia á Shakespeare de digresiones, de repeticiones inútiles é imágenes incoherentes.

*Measure for Measure*, Luciano, el amigo de Claudio, hermano de Isabel, la apura á que vaya á pedir su gracia al gobernador Angelo, que ha condenado á este hermano á muerte; Isabel, jóven y tímida, le responde que ella teme que su paso sea en balde, que Angelo se irrite, sea inexorable, etc., Luciano insiste, y le dice:

..... *Our doubts are traitors;*  
*And make us lose the good, we oft might win,*  
*By fearing to attempt. . . . .*

• Nuestras dudas son traidores que nos hacen perder el bien que podemos hacer, disuadiendonos de tentarlo. »

¡ Quien puede haber vivido en una revolucion, y no convencerse de la verdad de estas palabras! ¡ De qué circuitos hace uno uso para persuadirse á sí mismo que no puede hacer un favor, cuando teme esponerse probándolo! *La perjudicaria yo á Vm., si le defendiera*, dice un cierto número de amigos prudentes que conservarían esta misma discrecion hasta é inclusa nuestra sentencia de muerte.

El espectador era muy fácil de interesar entonces, para que el autor fuera tan severo consigo mismo como hubiera debido serlo. Es necesario, para que un poeta dramático se perfeccione tanto como puede permitirlo su talento, que no cuente con ser juzgado por los ancianos estragados, ni por los jóvenes que hallan su conmoción en sí mismos.

Los Franceses condenaron á menudo los lañces de horror que Shakespeare representa. Me parecen estos capaces de crítica, no en cuanto ellos excitan una fortísima conmoción, sino en cuanto á veces destruyen hasta la ilusión teatral. Desde luego está demostrado que ciertas situaciones, horribles únicamente, que los malos imitadores de Shakespeare quisieron representar, no producen mas que una sensación física desagradable, y ninguno de los gustos que la tragedia debe causar; pero, además, hay muchas situaciones afectuosas en sí mismas, y que sin embargo exigen un juego del teatro, propio para distraer la atención, y el interés por consiguiente.

Cuando el gobernador de la torre en que está encerrado el joven Arthur, manda traer un hierro caliente para quemarle los ojos, sin hablar de la atrocidad de semejante caso; debe ocurrir allí en el teatro una acción cuya imitación es imposible, y á cuya ejecución atenderá en tanto grado el espectador, que olvidará el efecto moral.

El carácter de Caliban, en la Tempestad, es singularmente original; pero la forma casi animal que su traje debe darle, distrae la atención de lo que hay de filosófico en la concepción de este papel.

Una de las perfecciones de la tragedia de Ricardo III, á la lectura, es lo que él mismo dice de su deformidad natural. Se conoce que el horror que él causa, debe obrar sobre su alma, y hacerla mas atroz todavía. Sin embargo ¿qué cosa hay mas difícil en el género noble, ni mas inmediata á la ridiculez, que la imitación de un hombre contrahecho en el teatro? Quanto es conforme con la naturaleza, puede interesar el ánimo; pero le es necesario al espectador economizar con el

mayor escrúpulo los caprichos de los ojos, los cuales pueden destruir todo efecto serio sin recurso ninguno.

Shakespeare representa tambien con muchisima frecuencia en sus piezas el dolor fisico. Filoctete es el único ejemplo del efecto teatral producido por semejante dolor; y las heroicas causas de su herida permiten fijar sobre sus males el interes de los espectadores. El dolor fisico puede referirse, pero no verse; no el autor, sino el cómico no puede espresarle noblemente; no el pensamiento, sino los sentidos se niegan á la impresion de esta especie de imitacion.

Ultimamente uno de los mayores defectos de Shakespeare, es el de no ser sencillo en el intervalo de los pasages sublimes. Tiene á menudo afectacion quando no está exaltado con su ingenio. Le falta el arte para sostenerse, es decir, para ser tan natural en los lances de transicion como en los admirables impulsos del alma.

Otway, Rowe, y algunos otros poetas ingleses, ménos Addison, compusieron tra-

gedias, todas de la especie de Shakespeare; y su ingenio halló casi su igual en Venecia salvada. Pero Shakespeare fué el primero en pintar las dos situaciones mas profundamente trágicas que el hombre pueda concebir; son la locura causada por la desgracia, y la soledad en el infortunio.

Ajax es un furioso, Orestes es perseguido por la ira de los dioses; á Fedra la tiene devorada la calentura del amor; pero Hamlet \*, Ofelia, el rey Lear, con situa-

\* Aunque entre las buenas tragedias de Shakespeare, Hamlet es aquella en que haya las faltas de gusto mas irritantes, es una de las mas bellas situaciones que puedan hallarse en el teatro. El desacuerdo de Hamlet es causado por el descubrimiento de un gran delito; la pureza de su alma no le habia permitido sospecharle; pero sus órganos se alteran al saber que se ha cometido una atroz perfidia, que su padre ha sido víctima de ella, y que su madre ha recompensado al culpable uniéndose con él. No dice ni siquiera una palabra que no testifique el menosprecio suyo del género humano, y piensa mas á menudo en matarse que en castigar; noble idea del poeta de haber repre-

ciones y genios diferentes, tienen un mismo distintivo de desacuerdo \*. Unicamente el dolor habla en ellos; la idea dominante ha hecho desaparecer todas las ideas comunes de la vida; todos los órganos están descompuestos, ménos los del dolor, y este tierno delirio de la criatura desdichada parece eximirle de la tímida circunspeccion, que veda presentarse sin embarazo á la piedad. Los espectadores negarian quizas su enternecimiento á la queja voluntaria; y se abandonan á la conmocion que un dolor que no responde ya de sí engendra. La locura, tal como está pintada en Shakespeare, es la mas admirable pintura del naufragio de la natura-

sentado al hombre virtuoso no pudiendo sobre llevar la vida cuando le rodea la maldad, y llevando en su pecho la turbacion de un delincuente cuando el dolor le prescribe una justa venganza.

\* Johnson escribió que él miraba la locura de Hamlet como fingida para lograr mas seguramente vengarse. Me parece sin embargo que al leer esta tragedia, se distingue perfectamente en Hamlet el desacuerdo real en medio del afectado.

leza moral cuando la tempestad de la vida sobrepuja á sus fuerzas.

Existen en el teatro frances severas reglas de conveniencias, hasta para el dolor. Este se halla en la escena consigo mismo; los amigos le sirven de acompañamiento, y los enemigos de testigos. Pero lo que Shakespeare pintó con una propiedad, con una fuerza de alma admirable, es la soledad. Al lado de los tormentos del dolor, coloca el olvido de los hombres y la calma de la naturaleza, ó bien á un antiguo criado, única criatura que se acuerda todavía de que su amo fué rey. Esto es conocer bien lo que hay de mas doloroso para el hombre, lo que hace punzante el dolor. El que sufre, el que muere produciendo un grande efecto de cualquiera especie de terror ó piedad, se libra de lo que él experimenta para observar lo que inspira; pero lo que es enérgico en el talento del poeta; lo que aun supone un genio al igual del talento, es haber concebido el dolor cargando todo entero sobre la victima; y mientras que el hombre tiene necesidad de

apoyar en los que le cercan hasta la idea misma de su prosperidad, la enérgica y melancólica imaginacion de los Ingleses nos representa al desventurado separado por sus reverses, como por un funesto contagio, de todas las miradas, de todos los recuerdos, de todos los amigos. La sociedad le retira lo que es la vida, ántes que la naturaleza le haya dado la muerte.

¿Dará entrada ahora el teatro de la Francia república, como el ingles, á los héroes pintados con sus debilidades, á las virtudes con sus inconsecuencias, y á las circunstancias vulgares al lado de las mas elevadas situaciones? ¿Se sacarán finalmente los caracteres trágicos de los recuerdos ó de la imaginacion, de la vida humana ó de la perfeccion ideal? Es una cuestion que me propongo ventilar, cuando, despues de haber hablado de las tragedias de Racine y Voltaire, examine, en la segunda parte de esta obra, el influjo que la revolucion debe tener sobre la literatura francesa.

---

## CAPITULO XIV.

---

### *De la Chanza inglesa.*

PODEMOS distinguir diferentes especies de chanza en la literatura de todos los paises; y ninguna cosa sirve mejor para dar á conocer las costumbres de una nacion, que el género de alegría mas generalmente abrazado por sus escritores. Uno es serio estando solo, y alegre para con los otros, en los escritos especialmente; y no puede hacer reir mas que con ideas en tanto grado familiares á los que las oyen, que ellas les hacen eco al instante mismo, y no les exigen esfuerzo ninguno de atencion.

Aunque la chanza no puede pasarse tan facilmente como una obra filosófica sin una aceptacion nacional, está sujeta, como cuanto

depende del talento, al juicio del buen gusto universal. Es necesaria una grande finura para dar razon de las causas del afecto cómico; pero no por ello es ménos cierto que el consentimiento general debe reunirse sobre las obras maestras de esta especie como sobre las de cualquiera otra.

La alegría, que se debe por decirlo así á la inspiracion del gusto é ingenio, la alegría producida por las combinaciones mentales, y la alegría que los Ingleses llaman *humour*, no tienen casi ninguna relacion una con otra; y no está comprendida en ninguna de estas denominaciones la alegría genial, porque está probado, con infinitos ejemplos, que ella no tiene parte ninguna en el talento que hace escribir obras alegres. La alegría intelectual es fácil á cuantos hombres poseen talentos; pero únicamente el ingenio de un hombre y el buen gusto de muchos pueden inspirar la verdadera comedia.

Examinaré en uno de los siguientes capítulos por qué motivos los Franceses solos podian llegar á aquella perfeccion de gusto, de

gracia, de finura y observacion del corazon humano, que nos valió las obras maestras de Moliere. Tratemos ahora de saber porqué las costumbres de los Ingleses se oponen al verdadero genio de la alegría.

Embebidos, en Inglaterra, los mas de los hombres con los negocios, no buscan el placer mas que como un descanso; y asi como excitando la fatiga el hambre, nos hace dóciles sobre todos los manjares, así tambien la continua y reflexionada tarea nos dispone á contentarnos con toda especie de distraccion. La vida doméstica, unas ideas religiosas bastante severas, ocupaciones serias, y un clima pesado, hacen á los Ingleses harto propensos á las enfermedades de fastidio; por cuya razon misma no les bastan las delicadas diversiones intelectuales. Esta especie de abatimiento necesita de fuertes conmociones; y los autores participan, en este particular, del gusto de los espectadores, ó se conforman con él.

La alegría que sirve para componer una buena comedia, supone una finísima obser-

vacion de los genios. Para que el talento cómico tenga progreso, es menester vivir mucho en sociedad, dar mucho valor á los triunfos de esta última, conocerse y acercarse con aquella infinidad de intereses de vanidad, que dan motivo ó todas las ridiculeces, como tambien á todas las combinaciones del amor propio. Los Ingleses están retirados en sus familias, ó reunidos en las asambleas públicas para las discusiones nacionales. El intermedio que se llama la sociedad, no existe casi entre ellos; y en este espacio frívolo de la vida se forman sin embargo la finura y buen gusto.

Las relaciones políticas de los hombres entre sí borran las diferencias, dando una declarada fortaleza á los genios. La grandeza del fin, la fuerza de los medios, hacen desaparecer el interes para cuanto no tiene un resultado útil. En los estados monárquicos, en que se depende del genio y voluntad de un solo hombre, ó de un corto número de sus delegados, cada uno se ejercita en conocer los mas ocultos pensamientos de los otros,

las mas leves graduaciones de los afectos y debilidades individuales \*. Pero cuando la opinion pública y la fama popular tienen el primer influjo, la ambicion abandona aquello de que la ambicion no necesita; y el talento no se ejercita en coger lo que es fugaz cuando no tiene interes de adivinarlo.

Los Ingleses no poseen en su nacion un autor cómico tal como Moliere; y si le poseyeran, no conocerian todas sus finuras. Aun en las piezas tales como el *Aváro*, *Gazmoño*, *Misántropo*, que pintan la naturaleza humana de todos los países, hay chanzas delicadas, varios visos de amor propio, que los Ingleses ni siquiera notarian; no se reconocerian en ellos, por mas naturales que sean; no se conocen á sí mismos con tanta menudencia; las profundas pasiones é importantes ocupaciones les hicieron tomar mas en masa la vida.

\* La Inglaterra está gobernada por un rey; pero todas sus instituciones son eminentemente conservadoras de la libertad civil y garantía política.

Hay en Congreve á veces un talento sutil y fuertes chistes ; pero no se pinta en él ningun afecto natural. Por efecto de un singular contraste, quanto mas sencillas y puras son las costumbres privadas de los Ingleses, tanto mas exageran ellos, en sus comedias, la pintura de todos los vicios. No se hubiera tolerado nunca en el teatro frances la indecencia de las piezas de Congreve ; en el diálogo se hallan ideas ingeniosas ; pero las costumbres que estas comedias representan, están imitadas de las malas novelas francesas, las cuales mismas no pintaron jamas las costumbres de Francia. Ninguna cosa se asemeja ménos á los Ingleses que sus comedias.

Diria uno que, queriendo ellos ser alegres, tuvíeron por necesario alejarse en todo lo posible de lo que son realmenté, ó que respetando profundamente los afectos que formaban la dicha de su vida doméstica, no permitiéron que los profanaran en el teatro.

Congreve y muchos imitadores suyos amon-tonan, desmesurada é inverisimilmente, inmoralidades de todas las especies. Aquellas

pinturas son sin consecuencia para una nacion tal como la inglesa, la que se divierte con ellas como con cuentos, como con imágenes fantásticas de un mundo que no es el suyo. Pero pintando verdaderamente la comedia en Francia las costumbres, podria influir en ellas ; en cuyo caso es mucho mas importante el imponerle severas leyes.

En las comedias inglesas, rara vez se hallan genios realmente ingleses : la magestad de un pueblo libre se opone quizas entre los Ingleses, como entre los Romanos, á que ellos dejen representar sus propias costumbres en el teatro. Los Franceses se divierten gustosos consigo mismos. Shakespeare y algunos otros representáron en sus piezas caricaturas populares, tales como Falstaff, Pistol, etc. ; pero la carga escluye casi enteramente su verisimilitud. El pueblo de todos los paises se divierte con chistes chabacanos ; pero únicamente en Francia la alegría mas picante es al mismo tiempo la mas delicada.

Sheridan compuso en ingles algunas comedias, en que se muestra casi á cada es-

cena el mas sobresaliente y original talento; pero fuera de que una excepcion no mudaria en nada las consideraciones generales, es necesario distinguir tambien la alegría intelectual del talento cuyo modelo es Moliere. En todos los paises, un escritor capaz de concebir muchas ideas, está seguro de llegar al arte de oponerlas entre si de un modo gracioso. Pero como las antitesis no forman por sí solas la elocuencia, los contrastes no son los únicos secretos de la alegría; y hay, en la de algunos autores franceses, algo de mas natural é inesplicable; el pensamiento puede analizarlo, pero el pensamiento solo no lo produce; es una especie de electricidad comunicada por el espíritu de la nacion.

La alegría y elocuencia tienen juntas algunas relaciones, en esto únicamente que la inspiracion involuntaria hace llegar, escribiendo ó hablando, á la perfeccion de una y otra. El espíritu de los que nos escuchan, de la nacion en que vivimos, da progreso en nosotros á la facultad de la persuasion ó chanza, mucho mas seguramente que la re-

flexion y estudio. Las sensaciones vienen de afuera; y cuantos talentos dependen inmediatamente de las sensaciones, necesitan del impulso ageno. La alegría y elocuencia no son unos simples resultados de las combinaciones intelectuales; hay necesidad de ser conmovido, modificado por la agitacion que da origen á una y otra, para lograr los triunfos del talento en estas dos especies. Ahora bien, las disposiciones comunes de los mas de los Ingleses no estimulan en sus escritores la alegría.

Swift, en Gulliver y el cuento del Tonel, lo mismo que Voltaire en sus escritos filosóficos, saca muy acertados chistes de la oposicion que existe entre el error recibido y la verdad condenada, entre las instituciones y la realidad de las cosas. Las alusiones, las alegorías, todas las ficciones mentales, todos los disfraces que él toma, son combinaciones con las que se produce alguna alegría; y en todos los géneros, los esfuerzos del pensamiento van muy adelante, aunque ellos no pueden llegar jamas á la flexibilidad y docu-

lidad de los hábitos, á la felicidad inesperada de las impresiones espontáneas.

Existe sin embargo una especie de alegría en algunos escritos ingleses, que tiene todas las propiedades de la originalidad y naturalidad. La lengua inglesa inventó una palabra, *humour*, para espresar esta alegría que es casi tanto una disposicion de la sangre como de la mente; depende ella de la naturaleza del clima y de las costumbres nacionales; y seria totalmente inimitable en donde no le dieran las mismas causas progreso. Algunos escritos de Fielding y de Swift, Peregrine Pickle, Roderick Random, pero particularmente las obras de Sterne, dan la idea completa de la especie llamada *humour*.

Hay algun mal humor, y diria yo casi tristeza, en esta alegría; y el que nos hace reir, no experimenta el gusto que él causa. Se ve que escribe en una disposicion tétrica, y que se irritaria casi contra nosotros de divertirnós. Como las formas secas dan á veces mas gracia á la alabanza, así tambien la alegría de la chanza resalta con la gravedad

de su autor \*. Los Ingleses diéron rara vez entrada en el teatro á la especie de talento que ellos llaman *humour*; su efecto no seria teatral.

Hay misantropia en la chanza misma de los Ingleses, y sociabilidad en la de los Franceses; la una debe leerse cuando estamos solos, y la otra hace tanta mas impresion cuanto mayor es el auditorio. Lo que los Ingleses tienen de alegría, conduce casi siempre á un resultado filosófico ó moral; la alegría de los Franceses no tiene á menudo mas fin que la diversion misma.

Lo que los Ingleses pintan con un superior talento, son los genios estravagantes,

\* Entré, en Lóndres, una vez en un gabinete de física divertida, y vi las habilidades mas estralarias, de sortija, aspa, y mecedor, ejecutadas por hombres muy ancianos, de la planta mas envarada, y de la mas imperturbable seriedad. Se daban á estos ejercicios por su salud; y no tenían trazas de recelarse que no habia en el mundo cosa mas risible que el contraste de su exterior pedantesco y pueriles juegos.

porque existen muchos entre ellos. La sociedad borra las rarezas, pero las conserva todas la vida del campo.

La imitacion les cae particularmente mal á los Ingleses; sus ensayos en la especie de gracia y alegría que caracteriza á la nacion francesa, carecen los mas de ellos de finura y recreo. Esplanan todas las ideas, ponderan todos los visos, no se creen oídos, mas que cuando gritan, ni comprendidos mas que diciéndolo todo. Un reparo singular, es que los pueblos oeiosos son mucho mas delicados sobre el uso del tiempo que acuerdan ellos á sus diversiones, que los hombres ocupados. Los hombres dados á los negocios están habituados á largas esplanaciones; los dados á los pasatiempos se fatigan mucho mas prontamente, y el gusto muy ejercitado experimenta la saciedad brevisimamente.

Rara vez hay finura en los talentos que se dedican siempre á resultados positivos. Lo que es realmente útil, es sumamente comprensible, y no necesitamos de una perspicaz vista para descubrirlo. Un pais que se dirige

hácia la igualdad, es tambien ménos sensible á la faltas de conveniencia. Siendo la nacion mas una, el escritor contrae la costumbre de dirigirse en sus obras al juicio y pareceres de todas las clases; últimamente los paises libres son y deben ser serios.

Cuando el gobierno está fundado sobre la fuerza, le es posible no temer la propension de la nacion á la chanza; pero cuando la autoridad depende de la confianza general, cuando el espíritu público es el principal móvil suyo, el talento y alegría que hacen descubrir la ridulez y complacerse en la burla, son excesivamente perjudiciales para la libertad é igualdad politica. Hemos hablado de las calamidades que les resultaron á los Atenienses de su inmoderada inclinacion á los chistes; y la Francia nos suministraría un grande ejemplo en apoyo de este, si la fuerza de los sucesos de la revolucion hubiera abandonado los genios á su natural progreso.